

## II

Fué, pues, poeta, pero á su modo, modo extraño, semejante al que tuvo de vivir. Había en él tempestades interiores, aludes de ideas que no hallaban salida más que por escrito. «Huir de mí, tal ha sido siempre mi verdadero, mi único motivo para emborronar papel y publicar.—Publicar es la continuación del mismo efecto por el movimiento que proporciona al espíritu, el cual, de otro modo, vuelve á caer sobre sí.»—Escribió, dice aún, «por exuberancia de la mente, por pasión, por impulso, por muchas causas, pero jamás por cálculo», y casi siempre con una rapidez asombrosa: *El Corsario* en diez días, *La Novia de Abydos* en cuatro días.—Durante la impresión, añadía, corregía, pero sin rehacer. «Ya os he dicho que jamás puedo rehacer. Soy como el tigre: si falla mi primer salto, me retiro gruñendo; si el salto es certero, aplasta.» Salta sin duda, pero tiene su cadena: jamás se desprende de sí, ni en la más libre carrera de sus pensamientos. Sueña consigo y se ve á sí propio en todas partes. Es un torrente que hierve, pero dentro de diques. No hay un poeta tan grande que haya tenido una imaginación tan estrecha; no puede metamorfosearse en otro. Lo que pone en sus versos son sus pesares, sus rebeliones, sus viajes, sin transformar ni arreglar apenas. No inventa; observa. No crea; transcribe. Su copia aparece en negro, pero es una copia. «No puedo escribir sobre nada (dice), sin alguna experiencia personal y algún fundamento verdadero.» En sus cartas y en su libro de notas se verán, casi punto por punto,

sus descripciones más notables. La toma de Ismael, el naufragio de D. Juan, siguen paso á paso el curso de dos narraciones en prosa. Si sólo un necio puede atribuirle los crímenes de sus héroes, sólo un ciego puede no ver en él los sentimientos de sus personajes; eso es tan cierto que, en fin de cuentas, todos esos personajes se reducen á uno. Childe-Harold, Lara, el Giaour, el Corsario, Manfredo, Sardanápalo, Caín, su Tasso, su Dante y los demás, son siempre un mismo hombre, representado con diferentes trajes, con diversas expresiones en varios paisajes, pero como los hacen los pintores, cuando por cambios de vestidos, de decoraciones y de actitudes, sacan del mismo modelo cincuenta retratos. Estaba demasiado replegado sobre sí para prendarse de otra cosa: la rigidez habitual de la voluntad impide al espíritu ser flexible; su fuerza, siempre concentrada para el esfuerzo y enderezada hacia la lucha, le encerraba en la contemplación de sí mismo, y le reducía á no hacer nunca más que la epopeya de su propio corazón.

¿En qué estilo iba á escribir? Juntamente con esos sentimientos concentrados y trágicos, tenía un espíritu clásico. Por la mezcla más singular, los libros que prefería eran ó los más violentos ó los más regulares; en primer término, la Biblia: «Soy gran lector y admirador de ella; la había leído y releído antes de tener ocho años; quiero decir: el Antiguo Testamento, porque el Nuevo, para mí, era un trabajo, mientras que el Antiguo era un placer.» Nótese esta frase; no gusta el misticismo tierno y abandonado del Evangelio, sino la rigidez atroz y los gritos líricos de los antiguos hebreos. Al lado de la Biblia lo que le agrada es Pope, el más correcto y acompasado de los hombres: «Le he mirado siempre como el nombre más

grande de nuestra poesía. Téngase por seguro: los demás son bárbaros... Podéis llamar á Shakespeare y á Milton pirámides; yo prefiero el templo de Teseo ó el Partenón á montañas de ladrillos.» Y en seguida escribe dos cartas con un ingenio y una elocuencia incomparables para defender á Pope contra los desdenes de los escritores modernos. En su sentir, esos escritores son los que han estropeado el gusto público. Los únicos de ellos que valen algo, Crabbe, Campbell, Roger, imitan el estilo de Pope; algunos otros tienen talento; pero, en resumen, los escritores nuevos han pervertido la literatura; no conocen su lengua; sus expresiones no son más que expresiones aproximadas, altas ó bajas de tono, forzadas ó vulgares. El mismo se cuenta entre los corruptores; y se ve al punto que esa teoría no ha sido improvisada á impulsos del mal humor y de la polémica: insiste sobre el particular. En sus dos primeros ensayos, *Hours of idleness, English Bards and Scottish Reviewers*, trató de seguirla. Más tarde, y en casi todas sus obras, se notará su influjo. Recomienda y practica la regla de las unidades en las tragedias. Es amante de la forma oratoria, de la frase simétrica, del estilo condensado. Sheridan le inducía á cultivar la elocuencia; y el vigor, la lógica penetrante, la afluencia extraordinaria, la argumentación precisa de su prosa, prueban que en las obras de disertación hubiese figurado en primer término (1). Si en primer término figura entre los poetas, es en parte gracias á su sistema clásico. Esa forma oratoria, en que Pope condensa su pensamiento á la manera de La Bruyère, multiplica la fuerza y el ímpetu de las ideas vehementes; como un canal estrecho y recto,

(1) Véase el folleto que escribió contra los *lakistas*.

las recoge y precipita por su pendiente; nada hay entonces que no arrolle su embate, y así llegó de golpe lord Byron hasta el público, al través de las críticas alarmadas y por encima de las reputaciones celosas (1).

Así se abrió paso *Childe-Harold*. Desde el primer momento impresionó á todo el mundo. El que hablaba era más que un autor; era un hombre. A despecho de sus negativas, se adivinaba que el autor y el personaje no formaban más que uno; él se calumniaba, pero se imitaba. Se le reconocía en aquel joven noble voluptuoso y descontento, pronto á llorar en medio de sus orgías, que «vagaba sólo sumido en tristes meditaciones, que, saciado de placeres, casi aspiraba al dolor», y que, huyendo de su tierra natal, llevaba entre los esplendores y las alegrías del Mediodía el perseguidor infatigable, «el pensamiento, como un demonio» que le asediaba por dondequiera. Se reconocían los paisajes: habían sido copiados del natural. ¿Y qué era todo aquel libro sino un diario de viaje? El viajero decía en él lo que había visto y sentido. ¿Qué ficción poética vale lo que la sensación verdadera? ¿Qué cosa más penetrante que la confianza voluntaria ó involuntaria? Aquí cada frase anotaba realmente una impresión de los ojos ó del corazón. «Ese tierno azul del terso mar, esos musgos de las montañas ennegrecidas por un cielo ardiente», esas islas «con su ropaje de bruma, rayado de listas pardas ó purpurinas», todas esas bellezas imponentes ó serenas habían sido para él fuente de goces y á veces de sufrimientos, y por eso las vemos al través de sus versos. Tocara el objeto que quisiese, le hacía palpitar y vivir; es que, al mirarle,

(1) En un día se vendieron 13.000 ejemplares del *Corsario*.

había palpitado y vivido él. Un poco más tarde, dejando la máscara de Harold, reanudaba su relato en su propio nombre, ¿y á quién no hubiesen conmovido confesiones tan apasionadas y tan completas?

«Sí: necesito pensar con menos violencia; he pensado demasiado tiempo y demasiado lúgubrementemente, hasta que mi cerebro, hirviendo y agotado por su propio torbellino, se ha convertido en honda vorágine de fantasmas y de llamas. Y así, no habiendo sabido de joven dominar mi corazón, se han emponzoñado las fuentes de mi vida. ¡Es demasiado tarde! No obstante, estoy cambiado, aunque conservando bastante fuerza para sufrir lo que el tiempo no puede mermar y para sustentarme de frutos amargos, sin acusar al destino...

»Harold se reconoció pronto el menos apto de los hombres para vivir en el rebaño humano. Era demasiado diferente, incapaz de supeditar sus pensamientos á los ajenos, aunque su alma se había visto tiranizada en la juventud por sus pensamientos propios; siempre atrincherado en su independencia, negándose á entregar el gobierno de su espíritu á almas contra las cuales se rebelaba la suya, orgulloso aun en medio de una desesperación que sabía encontrar una vida en sí misma y respirar fuera de la humanidad...

»Como el caldeo, tenía los ojos fijos en las estrellas hasta poblarlas de seres tan brillantes como sus propios rayos, y olvidar por completo la tierra y sus bajas discordias y las fragilidades humanas. Si hubiese podido mantener su alma en ese vuelo, hubiese sido feliz; pero nuestra arcilla ahoga la divina chispa que envía al hombre la luz hacia la cual asciende, como para romper la cadena que nos sujeta lejos del cielo cuyas playas se nos abren allá arriba.

»Pero en las moradas del hombre era un alma agi-

tada, sombría y displicente, que se consumía como un halcón á quien han cortado los vuelos, y cuya única patria sería el aire sin límites. Entonces volvía su acceso, y, para dominarle, así como el ave prisionera se golpea el pecho y el pico contra los hierros de su jaula, hasta que la sangre tife su plumaje, así el calor de su alma cautiva iba devorando la sangre de su corazón.»

He ahí los sentimientos con que recorría la naturaleza y la historia, no para comprenderlas, olvidándose de sí en presencia suya, sino para buscar ó imprimir en ellas la imagen de sus propias pasiones. No deja hablar á los objetos; los obliga á responderle. En medio de la paz de las cosas, él no se ocupa más que de su agitación íntima. Las eleva al tono de su alma, y las obliga á repetir sus propios gritos. Todo se halla en tensión aquí, como en él; la vasta estrofa marcha arrastrando en su colmado lecho el raudal de las ideas vehementes; la declamación campea pomposa y á veces artificial (es su primera obra), pero potente y con tanta frecuencia sublime, que las antiguallas que conserva aún de la retórica desaparecen bajo el aflujo de las magnificencias con que la adorna. Wordsworth, Walter Scott, al lado de esa prodigalidad de esplendores, parecían pobres y pálidos; no se había visto desde Esquilo una pompa tan trágica, y se seguía con una especie de sobrecogimiento el cortejo de las figuras gigantescas que del fondo del pasado traía hasta nuestros ojos en filas lúgubres.

«Yo estaba en Venecia, en el puente de los Suspiros con un palacio y una prisión á cada lado. Del seno de las ondas veía surgir sus monumentos, como al contacto de una varilla mágica. Diez siglos extienden en derredor de mí sus brumosas alas, y una aureola mo-

ribunda irradia hasta esos lejanos tiempos en que más de un país sometido tenía fijos los ojos en los edificios de mármol del león alado, cuando Venecia alzaba ostentosa su trono sobre sus cien islas.

«Parece una Cibeles de los mares salida del Océano, alzándose con su tiara de altivas torres en la vaga lontananza con majestuoso movimiento, soberana de las aguas y de sus potencias. Lo era en otro tiempo; sus hijas tenían su dote en los despojos de las naciones, y el Oriente inagotable derramaba sobre su regazo las pedrerías en lluvias deslumbradoras. De púrpura vestía, y los monarcas invitados á sus fiestas creían acrecentada su dignidad...

»La batalla gigante (1) se yergue en la montaña; el sol enciende el rojo sangriento de sus trenzas; en sus manos de fuego llamean las balas, y sus ojos abrazan cuanto toca su fulgor. Gira sin reposo, inmóvil un instante, para lanzar después sus llamas á lo lejos. Ante sus pies de hierro se ha acurrucado la Destrucción para contar las obras de muerte. Porque esta mañana se encuentran tres poderosas naciones para verter ante su altar la sangre que ella reputa dulcísima.

»¡Por los cielos! ¡Para el que no tiene allí amigo ni hermano es un espectáculo magnífico contemplar sus bandos rivales de vistosos bordados, sus varias armas que resplandecen en los aires! Los valientes alanos de la guerra se lanzan fuera de su guarida, rechinan los dientes y aullan por la presa. Todos se juntan en la caza, pero pocos tendrán parte en el triunfo; la tumba se llevará lo más precioso del botín, y la matanza, embargada de gozo, apenas puede contar sus filas...

»¿Qué fruto sacaremos de nuestro flaco y pobre ser?

(1) Talavera.

Nuestros sentidos estrechos, nuestra razón frágil, la vida corta; la verdad, una perla que ama el abismo; todas las cosas, pesadas en la falsa balanza de la costumbre; la opinión, soberana omnipotente, que arroja sobre la tierra el manto de sus oscuridades, hasta que lo justo y lo injusto parecen accidentes, y los hombres palidecen por temor de que sus propios juicios brillen á las claras, y de que sus libres pensamientos sean crímenes, y de que la tierra tenga demasiada luz.

»He ahí cómo se afanan en su inerte miseria, pudriéndose de padres á hijos, y de edad en edad, orgullosos de su naturaleza pisoteada. He ahí cómo mueren, legando su rabia hereditaria á una nueva raza de esclavos de nacimiento, que volverán á la lucha por sus cadenas, y, antes que ser libres, se desangrarán como gladiadores, y seguirán atacándose en esa misma arena donde ven á sus compañeros caídos antes, como hojas del mismo árbol.»

¿Hubo jamás estilo que expresase mejor el alma? Se la ve aquí agitarse y desbordarse. Larga y tempestuosamente han hervido las ideas como los trozos de metal amontonados en el horno. Allí se han fundido merced al calor intenso; allí se han mezclado sus lavas con estremecimientos y explosiones, y he aquí que al fin se abre la puerta: un río de fuego baja por el canal preparado de antemano, abrasando y agitando el aire, y sus fulgurantes tintas queman los ojos que se obstinan en mirarle.

## III

No le bastaban la descripción y el monólogo; para expresar su personaje ideal, necesitaba acontecimientos y acciones. Los acontecimientos son los que ponen á prueba la fuerza y el temple del alma; las acciones son las que manifiestan y miden esa fuerza y ese temple. Entre los acontecimientos buscó los más poderosos; entre las acciones las más enérgicas, y se vió aparecer sucesivamente: *La Novia de Abydos*, *El Giaour*, *El Corsario*, *Lara*, *Parisina*, *El Sitio de Corinto*, *Mazzeppa* y *El Prisionero de Chillon*.

Esos brillantes poemas, ya lo sé, se han deslucido en cuarenta años. En ese collar de pedrerías orientales se han descubierto las cuentas de vidrio, y Byron, á quien no le agradaban mucho, juzgó mejor que sus jueces. Y todavía juzgó mal: las composiciones que prefería son las más falsas. Afean su *Corsario* elegancias clásicas; la canción de los piratas que pone al principio no es más verdadera que un coro de la Opera italiana; sus foragidos aderezan allí antítesis filosóficas tan equilibradas como las de Pope. La ambición, la gloria, la envidia, la desesperación y otros personajes abstractos, como los que se ponían en los relojes del tiempo del Imperio, salen cien veces á escena en medio de las pasiones vivas. Los más nobles pasajes son desfigurados por apóstrofes de colegio, y la pretendida dicción poética saca allí á relucir sus trapos usados y sus adornos convencionales. Más aún: mira al efecto y sigue la moda. Las cuerdas melodramáticas tiran oportunamente del personaje para obtener

el ademán que hará estremecer al público: «¡Escuchad! ¿Quién es el que viene sobre negro corcel? Acércate, bajo esclavo, y responde. ¿No son las Termópilas?» Tristes recursos, enfáticos y vulgares, imitación de Lucano y de nuestros Lucanos modernos, pero que hacen su efecto durante el calor de la primera lectura y en el populacho de los oyentes. Hay un medio seguro de atraerse la muchedumbre, y es gritar fuerte; con naufragios, sitios, muertes y combates, se la interesará siempre; mostradla, foragidos, aventureros desesperados: esas figuras contraídas ó furibundas la sacarán de su vida regular y monótona; irá á verlas como va á los teatros de los arrabales y por el mismo instinto que la lleva á leer las novelas de á cuatro sueldos. Unase á esto, por vía de contraste, mujeres angélicas, tiernas y sumisas, sobre todo hermosas como ángeles. Byron no olvida tal recurso, y añade á todas esas seducciones la fantasmagoría de la escena, la decoración oriental ó pintoresca, los viejos castillos de los Alpes, las olas del Mediterráneo, las puestas del sol en Grecia, todo en alto relieve, con sombras acentuadas y colores vistosos. Todos somos pueblo en punto á emociones, y la gran dama, como la doncella, tributa desde luego sus lágrimas sin disputar con el autor sobre los medios.

Y, á pesar de todo, flota la verdad. No: ese hombre no es un artífice de efectos y de frases. Ha vivido entre los espectáculos que describe; ha experimentado las emociones que cuenta. Ha ido á la tienda de Ali Pachá, ha gustado el áspero sabor de las aventuras marítimas y de las costumbres selváticas. Se ha visto muchas veces cerca de la muerte: en Morea, durante las angustias de la soledad y de la fiebre; en Suli, durante un naufragio; en Malta, en Inglaterra y en Ita-

lia, en amenazas de duelo, en proyectos de insurrección, en comienzos de golpes de mano, en el mar, armado ó á caballo, habiendo visto á su puerta, y más de una vez, el asesinato, las heridas, la agonía. «Vivo aquí (escribe) expuesto todos los días á ser asesinado (1), porque me he atraído la enemistad de un hombre poderoso que no tiene conciencia. Eso no me hace dormir peor, ni me impide ir á caballo á los sitios solitarios, porque la precaución es inútil. Se piensa en eso como en una enfermedad que puede ó no atacarle á uno.» Decía bien: nadie se ha mantenido más derecho y firme ante el peligro. Un día, cerca del golfo de San Fiorenzo (2), su yath fué arrojado á la costa; el mar estaba horrible, y los escollos á la vista; los pasajeros besaban su rosario ó se desvanecían de horror, y los dos capitanes, consultados, declararon el naufragio infalible. «Bien (dijo lord Byron): todos hemos nacido para morir. Yo me iré con sentimiento, pero seguramente sin temor.» Y se quitó la ropa, incitando á los demás á hacer otro tanto, no porque fuese posible salvarse entre tales olas; «pero (decía), como los niños que caen en plácido sueño después de rendirse á fuerza de gritar, nosotros moriremos más tranquilamente cuando nademos hasta agotarnos». Tras esto se sentó muy tranquilo, cruzando los brazos, y aun gastó bromas con el capitán que se metía sus dollars en los bolsillos del chaleco. Entre tanto, «las ingentes olas se estrellaban contra las peñas con el estruendo de un encinar destrozado por un torbellino», la embarcación llegaba al escollo, y durante ese tiempo no se vió la menor alteración en el rostro de Byron.—Un hombre

(1) Moore's, *Life of lord Byron*, III, 438.—1820.

(2) Galt's, *Life of lord Byron*, 113.

de ese temple, y probado de ese modo, podía pintar los trances y los sentimientos extremos. Después de todo, no cabe pintarlos nunca más que como él, por experiencia. Los más inventivos, Dante y Shakespeare, aunque tan diferentes, no proceden de otra manera. Por mucho que se remonte su genio, siempre tiene hundidos los pies en la observación, y sus más locas como sus más magníficas pinturas nunca llegan más que á ofrecer al mundo la imagen de su siglo ó de su propio corazón. A lo sumo *deducen*; es decir: que, habiendo adivinado, por dos ó tres particularidades, el fondo del hombre que alienta en ellos y de los hombres que los rodean, sacan de él, por un razonamiento súbito de que no tienen conciencia, la madeja matizada de las acciones y de los sentimientos. Por muy artistas que sean, son observadores. Por más que inventen, describen; su gloria no consiste en la exhibición de una fantasmagoría, sino en el descubrimiento de una verdad. Entran por primera vez en alguna provincia inexplorada de la naturaleza humana, que se hace su dominio, y que de allí en adelante, como un patrimonio, consolida su nombre. Byron ha encontrado la suya, que es la de los sentimientos tiernos y tristes; es un páramo lleno de ruinas, pero allí está él como en su patria, y está solo.

¡Qué morada! Y en esa desolación se engolfa. La medita. Ved pasar los hermanos de Childe-Harold, los personajes que la pueblan. Este se halla en un calabozo, encadenado con los dos hermanos que le quedan. Otros tres y el padre han perecido combatiendo ó han sido quemados por su fe. Uno tras otro, los dos últimos languidecen y desfallecen á los ojos del mayor: agonía lenta y silenciosa en la húmeda oscuridad adonde penetra al través de una rendija un rayo de

luz pálida. Muere el primero, y los supervivientes piden que se le entierre al menos en el sitio adonde llega esa pobre claridad. Los carceleros se rien y cavan la fosa en el punto donde ha muerto, «en la tierra lisa y sin césped», dejando colgar encima «la cadena vacía». Día tras día, después, va marchitándose el más joven «como una flor en su tallo», sin quejarse, sino, al contrario, animando á su hermano, que calla, desesperado y sombrío. Están demasiado lejos uno de otro; no puede acercarse al joven moribundo; presta atención, y oye sus suspiros que van amortiguándose; pide auxilio y nadie acude. De un salto rompe su cadena; todo ha concluido. Coge aquella mano fría, y allí, ante el cuerpo inerte, se cierran sus sentidos, se detiene su pensamiento; es como un hombre que se ahoga, que, después de pasar por la angustia, se deja hundir como una piedra, y que ya no siente su ser más que por una tensión general de horror.—He aquí otro, atado desnudo á un potro cerril que se lanza al través de la estepa. Se retuerce, y sus hinchados miembros, cortados por las cuerdas, manan sangre. Corre durante un día entero, y tras él aullan los lobos. Toda la noche oye el galope monótono, y al fin flaquean sus fuerzas: «la tierra se hundía, y el cielo daba vueltas; me pareció caer al suelo. Me engañaba: ¡estaba bien atado! Tenía dolorido el cerebro, enfermo el corazón; palpité un momento y no volvió á latir. El cielo giraba como una rueda enorme. Vi vacilar los árboles como hombres ebrios. Un débil relámpago cruzó por mis ojos, que no vieron ya después. El que muere no puede morir más que yo en aquel momento. Sentía ir y venir las tinieblas, y pugnaba por despertarme; pero no podía lograr que mis sentidos volviesen de lo profundo. Me sentía como un náufrago en el mar sobre una ta-

bía, cuando todas las olas que caen sobre él, le levantan y le sepultan al mismo tiempo.—¿Los citaré todos? Hugo, Parisina, los Foscari, el Giaour, el Corsario. Siempre su protagonista es el hombre colocado en el trance más angustioso, enfrente del naufragio, de la tortura, de la muerte, de su propia muerte dolorosa y prolongada, de la muerte amarga de los seres más caros, con el remordimiento por compañía, entre las lúgubres perspectivas de la eternidad amenazadora, sin otro sostén que la nativa energía y el orgullo endurecido. Han deseado demasiado, demasiado impetuosamente, con una vehemencia insensata, como un caballo sin freno, y en adelante su destino interior los empuja al abismo que ven y no quieren ya evitar. ¡Qué noche la de Alp delante de Corinto! Es renegado y va con musulmanes á sitiar cristianos, antiguos amigos, á Minotti, padre de la joven á quien ama. Mañana va á dar el asalto, y piensa en su propia muerte que presiente, en la carnicería de los suyos que prepara. Ningún apoyo interior, sino el resentimiento arraigado y la fijeza de la voluntad inflexible. Los musulmanes le desprecian, los cristianos le execran, y su vanagloria no hace más que publicar su traición. Oprimido y febril, atraviesa el dormido campamento, y va á errar por la ribera. «Es media noche; sobre los oscuros montes luce, ya baja, la fría luna, el cielo azul se extiende como un océano suspendido en las alturas, sembrado de islas de luz. En ambas orillas reposaban las olas, tranquilas, transparentes, tan azuladas como el aire. Apenas movía su espuma las guijas de la orilla, y era su murmullo tan suave como el de un arroyo.»—«Los vientos dormitaban sobre las ondas, los pliegues de las banderas caían á lo largo de los ástiles, y nada interrumpía aquel profun-

do silencio, salvo el grito del centinela, salvo el vibrante y agudo relincho de un caballo, salvo el vasto rumor de aquella muchedumbre salvaje que á veces se propagaba de una á otra orilla, como el susurro de las hojas.» ¡Qué enfermo se siente el corazón delante de semejantes espectáculos! ¡Qué contraste entre su agonía y la paz de la inmortal naturaleza! ¡Cómo se extienden entonces los brazos hacia la belleza ideal, y qué impotentes vuelven á caer al contacto de nuestro fango! Alp se adelanta por la playa hasta el pie del bastión, al alcance del fuego de los centinelas: apenas piensa en él. «Miraba los flacos perros que al pie del muro se cebaban en los cadáveres, atracándose y gruñendo sobre las osamentas y los miembros. Estaban demasiado ocupados para ladrarle. Habían arrancado la carne del cráneo de un tártaro, como se monda un higo fresco, y los blancos colmillos rechinaban sobre el cráneo más blanco aún cuando este resbalaba al través de las embotadas mandíbulas. Perezosamente iban mascullando los huesos de los muertos, sin poder arrastrarse apenas fuera del sitio en que se habían atiborrado: tan bien habían roto su largo ayuno á expensas de los que habían caído para su pitanza de aquella noche. Alp reconoció, por los turbantes que en la arena había, á los primeros entre los más valerosos de su hueste; rojas y verdes eran las telas que ceñían sus cabezas, y cada cráneo tenía un largo mechón de pelo; todo lo demás estaba rasurado y desnudo. Los cráneos estaban en las fauces de los salvajes perros, y el pelo enroscado alrededor de las mandíbulas. Muy cerca, á orillas del golfo, se había posado un buitre, y batía las alas para ahuyentar á un lobo, que había bajado furtivamente de los montes, pero, espantado por los perros, se mantenía distante

de la presa humana; sin embargo, atrapó su parte de un caballo, picoteado por las aves, que yacía en las arenas de la playa.» He ahí el término del hombre; á eso conduce el ardiente frenesí de la vida; sepultado ó no, poco importa: buitres ó chacales, allá se van unos con otros sus sepultureros. La tempestad de sus cóleras y de sus esfuerzos no ha servido más que para arrojarse como pasto, y no llega á sus picos ó á sus mandíbulas, sino con el sentimiento de sus esperanzas frustradas y de sus deseos no satisfechos. ¿Hay quien haya podido olvidar la muerte de Lara después de leerla? ¿Hay quien haya visto en otra parte, á no ser en Shakespeare, una pintura más lúgubre del destino del hombre encabritado en balde contra su freno? Aunque generoso como Macbeth, se ha atrevido á todo como Macbeth, contra la ley y contra la conciencia, aun contra la piedad y el más vulgar honor; los crímenes cometidos le han impelido á otros crímenes, y la sangre derramada le ha hecho caer en un mar de sangre. Corsario, ha matado; matón, ha asesinado; y las muertes antiguas que pueblan sus ensueños vienen á golpear las puertas de su cerebro con sus alas de murciélagos.

No se expulsa á esas negras visitas; aunque la boca permanezca muda, la palidez de la frente y una sonrisa extraña, dan testimonio de su venida. Y con todo, es un noble espectáculo ver al hombre erguido, con la faz serena, aun al sentir aquel contacto. Llega el último día, y seis pulgadas de hierro dan cuenta de toda aquella fuerza y de toda aquella furia. Está tendido debajo de un tilo, y su herida mana. A cada convulsión, brota el chorro más negro; después se detiene; la sangre no cae ya más que gota á gota, la frente está húmeda, turbios los ojos. Llegan los vencedores; él no



se digna responderlos. El sacerdote acerca la cruz bendita; él la aparta con desdén. Lo que le queda de vida es para aquel pobre paje, único ser que le ha querido, que le ha seguido hasta el fin, que ahora trata de restañar la sangre de su herida. «Lara apenas puede hablar; pero hace señas de que es inútil»;—le coge la mano, le da las gracias con una sonrisa, y, hablándole su lengua, una lengua desconocida, le señala con el dedo la parte del cielo por donde en aquel instante sale el sol y la patria perdida adonde quiere enviarle. De los presentes, ni el menor aprecio; sobre sí, ninguna reacción; su semblante permanece «inmóvil y sombrío, sin arrepentimiento», como durante su vida. «En tanto, su respiración anhelante levanta penosamente su pecho, y se condensa la nube de sus turbios ojos; sus miembros se extienden temblorosos, y vuelve á caer su cabeza.» Todo ha concluido, y de aquel altivo espíritu no queda ya más que una pobre arcilla. Después de todo, para tales corazones, esa es la suerte apetecible; han tomado mal la vida, y no descansan bien más que en la tumba.

Poesía extraña, enteramente septentrional, que tiene sus raíces en el *Edda* y su flor en Shakespeare, nacida en otro tiempo de un cielo inclemente, á orillas de un mar proceloso, obra de una raza demasiado voluntariosa, demasiado fuerte y demasiado sombría, y que, después de haber prodigado las imágenes de la desolación y del heroísmo, acaba por extender, como un velo negro sobre toda la naturaleza viva, el ensueño de la universal destrucción. Ese ensueño es aquí casi tan grandioso como en el *Edda*. «Yo tuve un sueño que no era sueño del todo. El brillante sol estaba apagado, y las estrellas, sin rayos, vagaban por el espacio eterno, sin ver ya su camino, y la tierra fría se balancea-

ba ciega en el aire sin luna. La mañana venía, se iba y volvía á venir, pero no traía luz... Los hombres prendieron fuego á los bosques para alumbrarse; pero los bosques iban cayendo y consumiéndose por horas; los troncos chisporroteantes se apagaban con un estallido, y después todo quedaba negro. Los hombres vivían junto á esos fuegos nocturnos, y los troncos, los palacios de los reyes coronados, las cabañas, las habitaciones de todos los seres que se albergan bajo un techo, ardieron á guisa de antorchas. Las ciudades fueron incendiadas, y los hombres se mantenían reunidos en torno de sus casas llameantes para mirarse una vez más las caras unos á otros. Sus frentes, á aquella luz desesperada, tenían un aspecto infernal cuando las llamaradas se proyectaban sobre ellas. Algunos yacían en el suelo, y ocultaban sus ojos y lloraban. Otros, sonrientes, apoyaban la barba en las crispadas manos. Otros corrían de acá para allá, y alimentaban con leña sus hogueras funerarias y levantaban los ojos con una ansiedad loca hacia el cielo sombrío, sudario de un mundo muerto; después, profiriendo maldiciones, volvían á arrojarse al polvo, rechinando los dientes y lanzando alaridos. Las aves salvajes chillaban, y, víctimas de su espanto, caían al suelo y azotaban el aire con sus alas inútiles. Los brutos más feroces se acercaban mansa y tímidamente, y las víboras se arrastraban por entre la multitud, silbando, pero sin picar. Mataron á los animales para alimentarse de ellos. La guerra, que por un momento se había aplacado, se cebó de nuevo: compraron una comida con sangre, y cada cual se sentó aparte taciturno, atracándose en las tinieblas. No más amor; la tierra no tenía ya más que un pensamiento: el de la muerte, la muerte inmediata y sin gloria; y el

diente del hambre mordía todas las entrañas. Morían los hombres, y sus huesos quedaban sin tumba como su carne. Los flacos devoraban á los flacos. Hasta los perros acometían á sus amos, todos, excepto uno; y este fué fiel al cadáver, ahuyentando con sus aullidos á los animales y á los hombres hambrientos, hasta que desfallecieron de hambre ó hasta que los atrajo el cebo de los muertos que caían. El no fué en busca de alimento, sino que, gimiendo lastimeramente, lanzando gritos de desconsuelo, murió lamiendo la mano que no le contestaba con una caricia. La multitud pereció poco á poco de hambre; pero en una enorme ciudad sobrevivieron dos hombres, y eran enemigos. Se encontraron junto al rescoldo moribundo de un altar, donde se había amontonado una porción de cosas santas para un uso profano. Las recogieron, y con sus frías manos de esqueletos escarbaron tiritando las cenizas, y su débil hálito trató de encender allí un poco de vida, y produjo una llama que era una irrisión. Entonces, cuando hubo alguna claridad, alzaron los ojos y se miraron á la cara; se vieron, gritaron y murieron. Murieron horrorizados de su propia estampa.»

## IV

Entre esos poemas desenfrenados y fúnebres, que vuelven sin cesar y obstinadamente sobre el mismo asunto, hay uno más imponente y más elevado, *Manfredo*, hermano gemelo del poema más grande del siglo, del *Fausto* de Goethe. «Lord Byron ha tomado mi *Fausto* (decía Goethe), y le ha hecho suyo. Ha empleado los resortes motores de él á su manera, para su fin

propio, de suerte que ninguno de ellos es ya el mismo; y por esta razón, principalmente, me produce su genio la mayor admiración.» En efecto; la obra era original. «Yo no he leído nunca el *Fausto* de Goethe (escribía Byron), porque no sé alemán; pero Matthew Monk Lewis, en 1816, me tradujo en Coligny la mayor parte de viva voz, y, naturalmente, me impresionó mucho. Con todo, el Steinbach, el Jungfrau y alguna otra cosa me han hecho escribir *Manfredo*, mucho más que *Fausto*.»—«La obra ha sido tan completamente renovada (añadía Goethe), que sería una tarea interesante para un crítico mostrar, no sólo las alteraciones, sino sus grados». Hablemos, pues, de ella detenidamente: se trata aquí de la idea dominante del siglo, expresada en términos que revelan el contraste de dos maestros y de dos naciones.

Lo que constituye la gloria de Goethe es que en el siglo XIX ha podido hacer un poema épico; quiero decir: un poema en que obran y hablan verdaderos dioses. Eso parecía imposible en el siglo XIX, puesto que la obra propia de nuestra edad es la consideración depurada de las ideas creadoras y la supresión de las personas poéticas en que no dejaron nunca de figurar las otras edades. De las dos familias divinas, la griega y la cristiana, ninguna parecía capaz de volver á entrar en el mundo épico. La literatura clásica había arrastrado en su caída á los maniqués mitológicos, y los antiguos dioses dormían en su viejo olimpico, adonde sólo podían ir á despertarlos la historia y la arqueología. Los ángeles y los santos de la Edad Media, igualmente extraños y poco menos lejanos, yacían en la vitela de sus misales y en los nichos de sus catedrales; y si algún poeta, como Chateaubriand, intentaba introducirlos en el mundo moderno, no conse-